

versos animales, á fin de que los fieles no recogiesen las cenizas para continuar en la veneracion de estas insignes reliquias. No obstante se salvó una parte; pues unos Monges que de Jerusalem habian ido allí á hacer oracion, se mezclaron con los que las quemaban, y quitaron algunas que llevaron como un rico presente á su monasterio. Desde él las trasladaron secretamente á Alejandría, donde las ocultaron en lo interior de una muralla esperando tiempos mas propicios para restituirlas á su veneracion; lo que se verificó en el imperio de Teodosio.

Veíase en la ciudad de Paneades, llamada por otro nombre Cesaréa de Filipos, una estatua de Jesucristo, que le habia alzado aquella muger del Evangelio curada de un flujo de sangre. La figura de esta muger estaba arrodillada, alzaba las manos hácia un hombre que estaba en pie cubierto de un gran manto y estendiendo los brazos á la enferma con la mayor dulzura. Estaban colocadas estas dos estatuas de bronce inmediatas á una fuente delante de la casa que habia sido propia de esta muger agradecida. Juliano mandó demoler este piadoso monumento, y en su lugar puso su estatua: pero cayó encima un rayo sin arruinarla enteramente, de modo que quedó mutilada y negra como para perpetuar la memoria de esta humillacion. Todavía se conservaba sesenta años despues en tiempo del historiador Sozomeno (1).

Dos ciudades habia en la misma provincia de costumbres tan diversas como contiguas una á otra. En

(1) Sozom. lib. 5. hist. cap. 12.

otro tiempo no habian sido mas que una: y Mayuma la mas pequeña de las dos, fue al principio el arsenal de Gaza. Habíala Constantino dado despues el título de ciudad con el nombre de Constancia, en recompensa de su devota adhesion al cristianismo, sin querer que dependiese ya de Gaza idólatra. Procuraron los habitantes de Gaza recobrar sus derechos sobre Mayuma luego que Juliano principió á reinar, los que con efecto recuperaron á la primera súplica. Aun se acordaban con despecho de la afrenta que hizo á su dios Marnas San Hilarion, y de las conversiones obradas por los milagros de este ilustre solitario. Pidieron y consiguieron que se destruyese su monasterio, y que se le condenase al mismo á la muerte con su discípulo Hesiquio. Se les buscó por do quiera; mas la Providencia cubriéndolos con sus alas hizo que solo sirviese la persecucion para santificar mayor número de lugares por donde el Santo, huyendo de ciudad en ciudad, ó de provincia en provincia segun el Evangelio, fue de admiracion á todos con su prodigiosa virtud.

Fue muerto de la manera mas horrible Zenon, que se cree haber sido Obispo de Mayuma, con sus dos hermanos Eusebio y Nectabio, á quienes tan solo acusaban del horror que tenian á la idolatría. Estaban ocultos en su casa, donde los apresaron y azotaron cruelmente. Despues de esto, hallándose el pueblo en el teatro, clamó uno, que aquellos sacrílegos Galileos habian abusado de la credulidad de los últimos Emperadores para acabar con la religion del Imperio.

Al punto se tumultúan todos, corren á la cárcel, sacan á los tres hermanos arrastrándolos por las calles ya de un lado ya de otro, causando con estas alternativas un dolor siempre nuevo, golpeándolos tambien contra el pavimento, é hiriéndolos con piedras, con palos, y con cuanto tenian á la mano. Metian las mugeres, dejando su labor, en estas víctimas que todavía palpitaban, sus agujas y sus husos. Los menestrales y criados los cortaban con sus instrumentos ó cuchillos. Los cocineros y cocineras los seguian con sus calderos, vertian sobre ellos el agua hirviendo y los traspasaban con asadores. Despues de haberlos hecho pedazos, y estrellado la cabeza de tal modo, que los sesos estaban esparcidos por el suelo, fueron arrastrados fuera de la ciudad al sitio donde se arrojaban las bestias muertas. Encendieron allí una grande hoguera, quemaron los cuerpos lo que permitió este furor precipitado, y mezclaron los huesos que restaban con los de diversos animales para que no los conociesen. Indignaron estas barbaridades al Gobernador de la ciudad, aunque Pagano, é hizo algunas diligencias para castigarlas: mas el Emperador lo llevó tan á mal, que le desterró. *¿Es acaso un negocio de tanto momento, dijo contra sus principios de humanidad, el que un Helenista mate á diez Galileos?*

Mas donde los idólatras abusaron en especial del favor que les concedia su Soberano contra los adoradores del verdadero Dios, fue en Heliópolis, ciudad de Fenicia cerca del monte Libano (1). Principiaron

(1) *Gregor. Naz. Orat. 3. pág. 91.*

por sacrificar á su resentimiento al Diácono Cirilo, que en tiempo de Constantino habia derribado muchos ídolos. Nò satisfechos con haberle quitado la vida, le abrieron el vientre, y le comieron el hígado: pero todos estos monstruos experimentaron la venganza divina, cayéndoseles todos los dientes, pudriéndoseles las lenguas, y quedando al propio tiempo ciegos. Estaba tan entregado el pueblo de Heliópolis desde la mas remota antigüedad al culto de Venus, que las mugeres tenian á gran honor imitar á esta impúdica diosa. El reinado del piadoso Constantino no habia hecho mas que suspender el mal; pero en tiempo de Juliano volvió á su desórden con tanto mas esceso, quanto mas contenido habia estado con la violencia. Concibieron estos afeminados y obscenos asiáticos un despecho particular contra las vírgenes Cristianas, que les eran tan odiosas, como diferentes de sus hijas y de sus mugeres, á las que prostituían por causa de religion. Estas vírgenes tímidas cuyo pudor se ofenderia de presentarse con el rostro descubierto, padecieron la afrenta de verse desnudas y espuestas á los insultos públicos; y despues añadiendo á la infamia la barbaridad mas cruel, las abrieron el vientre, echando en él cebada para los puercos, los cuales las comian al mismo tiempo sus entrañas. Tenia esta vergonzosa invencion de inhumanidad un atractivo especial para las almas atroces de esta provincia impúdica. Cundió de ciudad en ciudad, y aun se egerció en Gaza y en Ascalon con los sacerdotes y con las vírgenes. Dice San Gregorio Na-

cienceno (1), que las cosas llegaron á tal extremo, que serian increíbles si no hubiera una multitud de testigos de vista. Todo lo disimulaba el Emperador, y en vez de temer su justicia, se contaba por lo menos con su tácita aprobacion.

21. Estendiéronse de Oriente á Occidente hasta las provincias mas lejanas las mas monstruosas vejaciones. Fue apaleado en la Galia un soldado llamado Victorio, solo por causa de la fe; despues rasgado todo su cuerpo con agudos cascotes de tejas, y por último condenado á ser degollado. Llevándole el verdugo al suplicio, perdió de repente la vista. Cayéronse por sí mismas las cadenas del Confesor, y no osando nadie ponérselas de nuevo, corrieron á dar cuenta al Juez, que se convirtió, y dejó libre al que iba preso. Fue despues Obispo de Ruan, y trabajó con muy buen resultado en la propagacion de la fe por todas las costas de la Bélgica.

Tambien tuvo Roma sus Mártires hasta de las primeras clases. Los dos hermanos Juan y Pablo son los mas célebres; cuyos nombres merecieron lugar en el cánon de la Misa. Juan y Genaro, Sacerdotes, y la virgen Bibiana con su madre Dafrosa, su padre Flaviano, que dicen haber sido Prefecto, y Gordiano, Vicario del Prefecto.

Juliano en vista de las quejas de los idólatras de Alejandría, llamó á Antioquía á Artemio, Duque ó Gobernador de Egipto, odioso á ellos por haber destruido los ídolos en tiempo de Constantino. Un gran

(1) Gregor. Nazian. Orat. 3. pág. 91.

delito fue su aversion declarada á la idolatría, por cuya causa fue degollado. Hónrale la Iglesia entre sus Mártires el dia veinte de Octubre. Cuando los Paganos de Egipto supieron su muerte, y el castigo de un hombre de esta clase que les sacrificaban, les inspiró esto tal audacia, que parecian haber perdido la razon y tambien los sentimientos y la humanidad: pues se abandonaron á los mayores excesos contra todo lo que era ó parecia ser Cristiano.

22. El falso Patriarca Jorge, tan odiado de los Cristianos como de los Gentiles, fue la primera víctima de este furor. Su avaricia sin límites le habia hecho cometer las mayores exacciones; se asociaba para cobrar con los tratantes mas execrables, y era mas secundo que ninguno de ellos en invenciones y astucias para sacar el jugo de los pueblos. Pretestando que el Emperador tenia los derechos de Alejandro el grande sobre las casas de Alejandría, alzadas todas por este antiguo conquistador á quien pertenecian propiamente, hacia Jorge pagar á los ciudadanos un alquiler muy costoso, del cual se quedaba una parte muy considerable. Acabó de enfurecer á este pueblo un rasgo de celo singular en sí, y mas pasmoso aun en tal Pastor (1). En un lugar muy oculto de la ciudad, se habia descubierto una cueva llena de cabezas de muertos, mugeres y niños sacrificados en otro tiempo al dios Mitra. Este patriarca falso las espuso en las plazas públicas para poner de

(1) Sozom. lib. 5. hist. cap. 7.

manifiesto las abominaciones del paganismo y hacerlas aborrecibles.

Los Paganos no pudiendo sufrir esta afrenta, se armaron de todo lo que pudieron hallar á la mano, y acometieron á los trabajadores que aun profundizaban en la cueva. Hirieron y mataron á muchos, y pronto dejaron todos el trabajo. Corrió la multitud desde allí á la Iglesia en donde estaba Jorge, y le sacaron violentamente. Parecia que iban á asesinarle en aquel momento: pero se contentaron con encarcelarle. Corrieron luego á la cárcel, y separándole las piernas con garfios, le ponen sobre un camello, le pasean todo el dia por la ciudad colmándole de denuestos y de golpes: y al fin le tiraron con el camello en una grande hoguera. Duró el desorden muchos dias sin que el Magistrado pusiese cuidado alguno en contenerle. Mataron los sediciosos una infinidad de fieles; á unos con la espada, y á la mayor parte con piedras y palos. Ahogaron á muchos con sus propias manos, y crucificaron á otros mas por aborrecer á la cruz que por crueldad.

Principiaron á reinar en una multitud de familias el tumulto y la sedición, armándose hermanos contra hermanos, y aun hijos contra padres; porque la rabia y el fanatismo habian acabado con los lazos mas tiernos y mas sagrados: y en fin, las cosas llegaron á tal punto, que el Emperador se irritó ó fingió irritarse: mas todos sabian su carácter, y todos los perseguidores subalternos estaban bien ciertos de que aunque se escediesen en sus órdenes, nada habia que

temer. El Príncipe, cuando llegaba al trono alguna queja de los Cristianos, respondia con cruel é impía ironía, que la herencia de estos era morir, y lo que su Dios tanto les recomendaba.

23. Manifestó por un efecto de su misma impiedad una alegría singular en que se observase puntualmente el edicto que habia publicado para alistar en la milicia á los Clérigos y á los Monges. Habiendo alistado con violencia á un discípulo de San Apolonio, retirado cuarenta años hacia en el desierto de la Tebaida, acudió el caritativo maestro con otros muchos de sus discípulos á la cárcel en donde estaba, para consolar á aquel hermano. El centurion entró de guardia estando todos juntos, y enojado al ver su serenidad, los detuvo prisioneros con el intento de alistarlos á todos: mas á mitad de la noche se apareció súbitamente un ángel cercado de resplandor y abrió las puertas de la cárcel (1). Hubo al propio tiempo por toda la ciudad un horrible terremoto, y demolió la casa del centurion, pereciendo bajo de sus ruinas los criados que mas estimaba. Ya no era tiempo de que reinase aquella ciega idolatría, confundida de muchas maneras desde el origen del cristianismo, ni podian sujetarse los Romanos á los caprichos de un Príncipe que inútilmente se esforzaba para sostenerla, cuando estaba próxima su ruina. Echáronse al momento los guardias y los carceleros á los pies de los santos solitarios, pidiéndoles que se retirasen, y protestando que mas querian morir por ellos que re-

(1) *Pallad. hist. cap. 52.*

sistir al poder del cielo. El mismo centurion corrió muy temprano con las personas mas distinguidas y acabó de vencer la caridad de los piadosos prisioneros, mucho mas tranquilos por su propia vida que por la de los guardias, á quienes arriesgaban con su evasión: por fin se retiraron cantando las alabanzas divinas, y se restituyeron de esta manera á sus soledades. Vivió un largo tiempo San Apolonio, célebre por otros muchos milagros, edificando con quinientos discípulos todo el pais de Hermópolis donde moraba.

Fingió no obstante enfurecerse el Emperador contra la bárbara conmocion de Alejandría: mas se dejó con facilidad aplacar por el conde Julian su tio, que era protector del Egipto, donde habia sido Prefecto; y se contentó con hacer una viva declaracion en forma de epístola contra los escesos, de los cuales este escrito es una prueba auténtica (1). „Aunque no respetaseis al inmortal Alejandro vuestro fundador, dice á los culpados, ni al gran dios Serapis, ¿cómo no respetasteis las obligaciones de la humanidad? ¿No debiais á lo menos tener vergüenza en cometer los mismos escesos de que acusabais á vuestros adversarios? Cuenta con este motivo la causa de las quejas que tenian contra Jorge, y añade: dirán que este malvado merecia el tratamiento que sufrió; convingo en ello, y acaso le merecia mas riguroso, mas no debiais ser vosotros los egecutores. ¡Qué infamia es que los ciudadanos osen despedazar á un hombre,

(1) *Jul. Epist.* 10.

como lo harian los perros hambrientos ó las bestias mas feroces!” A lo último de esta epístola ordena recoger los libros de Jorge, y que le lleven á Antioquía la rica biblioteca de este indigno Obispo, que casi sin tintura alguna de ciencias tenia como otros muchos necios la mania de acumular libros.

24. San Atanasio, despues de muerto este intruso, volvió sin obstáculo á Alejandría, cerca de siete años despues de haberse visto obligado á ocultarse con tanto cuidado. Este regreso fue una nueva victoria. Salióle el pueblo al encuentro hasta una jornada de camino, y en número tan grande que parecia haberse reunido todo el Egipto. Subíanse sobre los tejados ó sobre los árboles para verle: otros se tenian por satisfechos solo con oír el sonido de su voz, y creían obtener los favores del cielo tocando sus ropajes ó poniéndose bajo de su sombra. Estaban ordenados por compañías los habitantes de la capital, como en las mayores solemnidades, segun la edad, el sexo y la profesion de cada uno. Hacian resonar las diversas naciones que acudian en gran número á esta rica ciudad, centro de todo el Oriente, en sus lenguas los mismos cánticos de regocijo y alabanza. Se iluminaron prodigiosamente las calles, y se quemaban con mucha abundancia los mas fragantes perfumes. Hubo banquetes públicos, pasando noches enteras en regocijos igualmente vivos y sencillos. Tan solo la faccion del malhadado Jorge era realmente odiosa á los alejandrinos: los ortodoxos entraron tan generalmente en las Iglesias, que los Arrianos se vieron re-

ducidos á tener sus juntas en secreto en algunas casas retiradas y lejanas.

Al volver San Eusebio de Vercéllis, y Lucífero de Cagliari de la Tebaida, adonde fueron desterrados por el Emperador Constanzo, Eusebio siempre atento al bien de la Religion, propuso á Lucífero ir á visitar á San Atanasio, para tratar con él de la conservación y progresos de la fe, cuyas columnas principales se juzgaban entonces estos tres Obispos, célebres cada uno por su término. Creyó Lucífero que era mas necesaria su presencia en Antioquía: y dejó dos de sus Diáconos para intervenir en su nombre, y con Eusebio en lo que se acordase en Alejandría.

25. Atanasio reunió un Concilio que no fue numeroso, pero compuesto todo de Confesores. Acordáronse prudentes medidas para remediar los males causados por las últimas disensiones, y mucho mas por el gobierno de los Arrianos. Empero nada pareció mas importante que el arreglar cómo reconciliar á los Obispos que habian tenido la flaqueza de subscribir al Concilio de Rímini. Eran Arrianos, por decirlo así, sin saberlo ellos: porque los sectarios daban un sentido herético á los términos que estos Prelados habian adoptado en un sentido de todo punto diverso (1). Protestaban por cuanto hay mas sagrado que de ningun modo habian previsto el uso que hacian de su fatal condescendencia. Derramando lágrimas decian: „nosotros creíamos de buena fe que el sentido correspondia á los términos. Tratando con

(1) *Athan. Epist. ad Antioch.*

hombres que solo tenian en la boca el amor de la paz y de la verdad, no imaginábamos que escondiesen en su interior otra cosa que lo que anunciaban sus labios. Nos engañó la buena opinión que teníamos de los malos; y nuestra caridad demasiado reservada en censurar á los Sacerdotes del Señor ha sido el único principio de nuestra culpa.” Añadian, que si cayeron al último algun tanto de su primer firmeza, habia sido solo por temor de que colocasen en sus sillas á hereges intrusos que inficionasen sus ovejas.

Usó de indulgencia el Concilio de Alejandría, temiendo que una severidad intempestiva causase mas daño que utilidad á la fe. Así pues decretaron, que los que habian sido arrastrados por una especie de violencia ó sorpresa, no solo obtendrian el perdón, sino que conservarían su dignidad en el Clero, condenando el error y renunciando á la comunión de los hereges. No porque se creyese, dice San Gerónimo, que los que habian profesado la heregía pudiesen ser mantenidos legítimamente en las funciones episcopales, sino porque era cierto que los que estaban en ellas nunca habian sido hereges. (1): palabras que esplican con perfeccion el celebrado pasage en que el mismo santo Padre dice como orador, que despues de la sorpresa de Rímini, todo el mundo quedó pasmado de verse Arriano. Respecto á los gefes del partido, los perdona el Concilio bajo las mismas condiciones: mas sin dejarles su orden clerical. Sabia San Atanasio, segun nos dice en sus epístolas (2), que lo

(1) *Hieronym. in Lucif. cap. 7.* (2) *Athan. Epist. ad Rufin.*

mismo se habia resuelto ya en la mayor parte de las provincias, particularmente en la Grecia, en la España, en las Galias; y que la Iglesia Romana aprobaba esta providencia. Mandó el Papa Liberio (1), escribiendo á los Obispos de Italia, que fuesen recibidos los que habian caido en Rímini, con tal que hiciesen profesion de la fe de Nicéa, y condenasen á los gefes de la secta (*).

En este Concilio de Egipto se trató tambien de la doctrina, despues de finidos los reglamentos de disciplina; y no puede verse sin admirarse cuán exactamente se presenta en él la fe católica acerca de los mas sublimes misterios no solo de la Trinidad, esplicados ya contra los Arrianos, sino tambien sobre la Encarnacion y la Redencion. Con igual exactitud se deducen las consecuencias seguras que resultan de estos principios, y que fueron combatidas despues por los Apolinaristas y Nestorianos: prueba irrefragable de que la fe católica, obra de Dios y no del espíritu humano, fue siempre la misma desde el principio, y que nada debe á las invenciones nuevas, ni á la sucesion de los años. Disputóse al principio sobre la

(1) *Liber. Epist. 11. in fragm. Hil.*

(*) La mayor parte de los Prelados Españoles, adictos siempre no menos á la moderacion y al espíritu pacífico del Evangelio, que á la pureza y santidad de la fe, no dudaron admitir á su comunión á aquellos de sus compañeros, que seducidos en Rímini por la simulada piedad y ortodoxia de los Semiarianos, firmaron la fórmula de fe, origen de tantos males, cuando restituidos á sus Sillas, y habiendo conocido el error, lo abjuraron, y se adhirieron con mayor firmeza que antes al símbolo de Nicéa.

espresion *Hipóstasis*, porque entre los Padres del Concilio, aunque generalmente ortodoxos, los unos no admitian mas que una en Dios, y los otros tres: pero se convencieron con las recíprocas esplicaciones de que la diversidad consistia solo en los términos; entendiendo estos por las tres hipóstases tres Personas verdaderamente distintas en la Trinidad adorable contra la doctrina impía de Sabelio: y aquellos la unidad de naturaleza, y substancia por el término de Hipóstasis, que mezclaban con el de esencia.

26. San Eusebio, terminado el Sínodo alejandrino, partió á reunirse con Lucífero en Antioquia, donde este Prelado de todo en todo diferente del sabio y pacífico Obispo de Verceélis, no habia logrado restablecer la paz y la unidad. Consta que además de los Arrianos habia en aquella Iglesia dos partidos ortodoxos, los unos Eustacianos y los otros Melecianos, que no concordaban entre sí. Quiso Lucífero persuadir á los Eustacianos, que no tenian Obispo, á que reconociesen á San Melecio: mas por ser demasiado ardiente y fogoso en todo lo que queria, y juzgaba que jamás debia contemporizar y mucho menos esperar socorro, tomó su determinacion antes del arribo de San Eusebio, cuyos consejos le eran indispensablemente precisos en unas circunstancias tan críticas. Ordenó imprudente y osadamente al momento por Obispo de Antioquia al Sacerdote Paulino, cabeza de los Eustacianos. Sin embargo, no se le acusa á Lucífero de haber hecho sin autoridad esta ordenacion, pues fue reconocida despues por la Silla Apostólica. Créese